

Todo eso está muy bien, pero hay algunas exageraciones. Puede aquí repetirse, una vez más, aquello de que: no son todos los que están, ni están todos los que son. Algunas de las omisiones, sin duda involuntarias de Sánchez, y fruto más que nada de la dificultad que en América existe para procurarse las obras de los escritores, las he señalado en estas notas. Muchos nombres faltan en la ya larga lista de novelistas de América. Es decir, de una América sin novelistas. Los materiales acumulados por Sánchez, las agudas observaciones de que está sembrado el libro, y la serie de sugerencias inesperadas, que su análisis abre en la perspectiva de la novela americana, colocan a este libro entre los más interesantes que se han publicado en el último tiempo.—*Marco*.

BIOGRAFIA

CICERÓN, por don *Alejandro Vicuña*. (1)

A estas alturas hablar de Cicerón resulta algo anacrónico, porque este gran orador latino ha sido lo suficientemente estudiado en obras magistrales y su figura es de aquellas que la historia ya ha sepultado con los altos honores que su rango merece. Se creería, además, que quien se ocupa ahora de él, lo hace con el ánimo de substraerse de los urgentes problemas que inquietan al mundo contemporáneo. Pero el que haya leído la biografía de este orador escrita por don Alejandro Vicuña, pensará que si este ilustre clérigo—espíritu alerta de todos los movimientos políticos y sociales de la época—ha buceado en la vida de Cicerón, lo ha hecho para extraer de ella todo lo que hay de imperecedero y trascendental con ánimo de historiador que relata, de novelista que entretiene y de maestro que deduce enseñanzas.

De ahí que en esta biografía encontremos tres aspectos diferentes y que desde sus respectivos puntos de vista tienen

(1) Editorial Nascimento.—Santiago—1933.

innegable interés: uno didáctico, cuyo fin sería el de dar a conocer en la forma más completa posible a Cicerón, tanto en su vida pública como privada; novelesco el otro, por la forma amena con que se han presentado los hechos que constituyeron la vida de Cicerón; y finalmente el aspecto político, de mayor trascendencia, porque estudia al hombre en función del ambiente en que le tocó actuar, la organización social de su época, las grandes figuras con quienes tuvo alguna relación, sus amigos y enemigos, sus grandezas y pequeñeces, es decir, todo aquello que tiene valor humano, y, por tanto, eterno, y de donde el señor Vicuña infiere sus observaciones generales que ajustan perfectamente a la época en que vivimos y aun a nuestro ambiente político y social. Así, por ejemplo, hemos espigado los siguientes párrafos que se dirían sugeridos por la observación cotidiana de nuestra vida política:

«Los hombres de derecho sabían en esa época enmudecer ante la voluntad del Dictador, como lo han hecho vergonzosamente ante los tiranos de todos los siglos (pág. 30)».

Comentando una enérgica frase de Catilina, dice:

«Catilina resume en ella la verdadera situación en que han vivido y viven todos los pueblos de la tierra: una inmensa mayoría desorientada y son hombres de talento y honradez que la guíen, frente a una minoría opresora, torpe, pero que sabe defender sus intereses y privilegios (pág. 72)».

Y, sobre todo, debemos subrayar las siguientes frases, porque ellas nos muestran que el señor Vicuña conoce profundamente la psicología del político, especie de la fauna humana que se reproduce prolíferamente en nuestro país:

«El principal obstáculo de Cicerón para surgir en política fué precisamente su inmenso talento. El éxito entre los hombres es el resultado de la feliz armonía entre el pensamiento y la acción. El exceso de pensamiento paraliza la acción y viceversa. El espíritu de análisis muy desarrollado lleva infaliblemente a la perplejidad, y por tanto, a la inacción. El estudio de los múltiples aspectos que ordinariamente presenta todo problema, con mayor razón los de orden político, conduce a una especie

de escepticismo, como consecuencia, a la suspensión de las actuaciones de la vida real, o a las actuaciones inoportunas... (pág. 146)*.

Más adelante leemos:

« En ocasiones memorables Cicerón se había desentendido de tan nobles ideales; había servido y halagado a los tiranos, siempre que ellos cautelasen sus intereses y respetasen su tranquilidad personal. Ese hombre perora por la libertad y las leyes en condiciones similares a ciertos constitucionalistas de nuestros tiempos, defensores apasionados de la legislación e instituciones vigentes, porque ellas acomodan a sus intereses y ambiciones personales (pág. 229)*.

Los diferentes aspectos que hemos encontrado en este libro aparecen indisolublemente unidos; y tenía que ser así para que la evolución tuviese el clima humano que le diera vida. Conocemos de esta manera a Cicerón íntimamente, su psiquis al desnudo, sin la pose rígida con que la historia nos lo presenta. Si no hubiese sido así, esta biografía, en su aspecto didáctico, no tendría más valor que las que figuran en manuales y enciclopedias, por supuesto que sin las informaciones que la erudición del señor Vicuña aporta.

Don Alejandro Vicuña juzga a Cicerón con un criterio moderno actual, e indudablemente juzgado así, la figura del orador latino aparece disminuída, no en cuanto a orador se entiende, sino en lo que se refiere a su valer como político fuera de la tribuna. Así, a través del libro del señor Vicuña, vemos a Cicerón, tímido como hombre; como político, oportunista, y en cuanto a sus ideas, reaccionario.

Escrito en una prosa periodística, pero de buen periodista, su lectura es amena, como la de una de esas biografías noveladas a que nos hemos acostumbrado a leer.—*Milton Rossel.*